

MUNDO

# GRAFICO



Proclamación de la «Srta. Galicia» por la colonia gallega de Madrid

La «Señorita Galicia», Luisita Mingot, agasajada por sus paisanos que concurren a la típica romería organizada en los Viveros de Madrid por la colonia gallega, en conmemoración del día de Santiago

30  
c. m.

REVISTA  
POPULAR  
ILUSTRADA

# MUNDO GRÁFICO

DIRECTOR:  
JOSE L.  
CAMPUA

REDACCION  
ADMINISTRACION  
Y TALLERES  
HERMOSILLA, 57

APARTADO 571  
DIRECCION GRAFIMUN  
TELEGRAF  
MADRID

## DEL AMBIENTE Y DE LA VIDA LA SOÑADA CALMA

EN una reunión íntima de personas discretas, a que he tenido la suerte de asistir, se ha hablado, como de bienes con razón codiciables, del reposo del cuerpo y de la tranquilidad del espíritu. Con este motivo, algunos de los conversantes han expuesto su contrariedad por haber nacido en el tiempo actual y no algunos siglos antes, cuando, en su opinión, la tranquilidad en el mundo era mucho mayor que en estos tiempos de agitación y lucha; otros, en cambio, han hecho patente su disgusto por vivir ahora y no pasadas que sean algunas centurias, cuando hayan sido resueltos los problemas que ahora apasionan a individuos y a multitudes, y la tranquilidad torne a ser completa. Ni una sola persona se ha manifestado satisfecha por vivir ahora, cuando la tranquilidad humana no parece ser sino una imposible y romántica aspiración.

Esto en lo que atañe a los tiempos. No ha faltado quien ha dicho que las perspectivas de lo pasado y de lo futuro son siempre engañosas. Las tejánias azulean. «Cualquiera tiempo pasado fué mejor», se dijo en la estrofa más bella de la sublime poesía castellana. Pero el tiempo que ya es ido no brindó a los mortales mayor tranquilidad que el presente, de que, por inquieto, abominamos. Las épocas históricas que se nos antojan paradisíacas fueron tan intranquilas y guerreras como las presentes. ¿Cuál elegiríamos como más plácida, venturosa y feliz? ¿Aquella en que los primeros hombres, por sus ambiciones, concupiscencias y rebeldías fueron condenados a perecer entre las turbulentas aguas del Diluvio? ¿Aquella otra en que sus maldades y soberbias los llevó a la absurda confusión de lenguas? ¿La en que los caudillos paraban el sol, o abrían los cauces de los ríos, o pedían al Dios de los Ejércitos que lloviera piedras sobre las huestes adversas para exterminarlas? ¿Fueron más sossegadas las épocas que la Historia nos presenta como exterminadoras de naciones y esclavizadoras de razas? Ni una sola puede citarse en que el combate perpetuo de unos hombres con otros haya cesado, lo mismo que sus odios y sus barbaries. ¿Desearíamos haber vivido cuando los esclavos subían a lomo las enormes piedras de las Pirámides o de Tarragona, o labraban a martillo los hipogeos, o cuando eran los cristianos arrojados a las fieras del circo, o en la época en que los ricos eran asesinados en sus castillos por los enemigos, y los siervos de la gleba se arrastraban jadeantes sobre los surcos? Desde luego, no parece que haya habido jamás época menos turbulenta que la presente; la Historia lo demuestra y la tradición lo confirma.

En cuanto al porvenir, ¿cómo puede esperarse que llegue un día en que sean resueltos todos los problemas de que depende la felicidad? Esa felicidad jamás podrá alcanzarse por completo. Saberlo todo, resolverlo todo, gozarlo todo, disfrutar de la calma total, sería aspirar a trocar a los hombres en dioses. Lo futuro será tan agitado como lo presente, puesto que la vida es constante progreso, y el progreso, que jamás podrá llegar a ser total y acabado, supone movimiento, lucha, intranquilidad y dolor. No hay vida sin pena. Luego de desechar como imposible la felici-

dad absoluta en el tiempo, se ha querido buscarla en el espacio. Un interlocutor de este minúsculo banquete platónico, en que no es discutido el amor, pero sí la tranquilidad, que pocas veces acierta a ser su acompañante, ha dicho que se hubiera sentido más tranquilo si hubiese podido vivir en una aldea retirada, en donde las comunicaciones fueran muy difíciles con el resto de la Humanidad; allí disfrutara de la paz ensalzada por Horacio, fray Luis y Wosd.wortd. A ello se ha contestado por otro que esa paz es sólo aparente. Las tormentas del alma son en todas partes violentas, y cuando no se desatan en los océanos de la vida civilizada, se forjan en el vaso de agua de las miserias pueblerinas. Todas esas placideces que *Azorín* ha pintado magistralmente nos dan la sensación de algo plácido y exteriormente manso y silencioso; pero *latet anguis in herba*. Las envidias, los odios, las luchas de las aldeas son mucho más terribles

que las de las urbes, como las peleas de los pajarillos son mucho más feroces y enconadas que las de las fieras, y no acaban sino con la muerte del adversario. En los villorrios se mata y se muere de desesperación, igual que en las grandes capitales, y en el yermo fué tan atormentado San Jerónimo como Lutero en el claustro, y en el calabozo Juan de Hus. En todos los lugares se ama, se combate, se trabaja y se sufre. El proverbio español nos pregunta «adónde irá el buey que no are», y el ser humano lleva su casa de dolor a cuevas, y cual el caracol, *omnia sua secum porta*. La agitación nos sigue como la sombra al cuerpo, y aunque nos parece que hay más tranquilidad en Oceanía que en Africa, o a la inversa, los hechos nos demuestran que es ésta una nueva ilusión que nos forjamos al juzgar de la felicidad ajena y de la propia.

Por último, se ha insinuado en la reunión la idea de que lo que procura la felicidad no es el tiempo, ni siquiera el espacio, sino la condición. Unos conversantes han dicho que para poder vivir tranquilo es necesario ser muy pobre. Solamente los pobres cantan trabajando, y sabido es el apólogo del zapatero que enriquecido por un bienhechor perdió el gusto de sus canciones, hasta que, abominando de la riqueza que «más cuidados le ofrecía», pidió al rico que tomase su dinero y le devolviese su alegría y sus cánticos. Por desdicha, este elogio de la miseria ha sido inventado por los poderosos para convencer de sumisión a los miserables. La realidad nos dice que no puede haber tranquilidad completa donde todo falta; pero también nos prueba que no puede haberla donde todo sobra, porque el ocio y el sibirismo engendran el odio y la maldad.

¿Residirán la tranquilidad y la paz interior en la *aurora mediocritas*? Pero ¿cuál es esa mediocridad, esa felicísima medianía? Oíd las lamentaciones de las clases medias: ellas dicen ser las más desgraciadas, las acosadas por mayores y más torturantes apremios; envidian a los de arriba y a los de abajo. No; la paz interior no depende de los tiempos, ni de los lugares, ni de las condiciones; depende (digámoslo de una vez y resueltamente) de la pureza de nuestra conciencia y de la satisfacción del deber cumplido.

Porque en esto, como en otras cosas, tuvieron razón los místicos y los estoicos. No hay que buscar fuera de nosotros lo que solamente de nosotros depende, como la sumisión espiritual a las leyes eternas. Y solamente cuando nos sentimos en paz con cielos y con tierra es cuando podemos alcanzar la tranquilidad que es posible a los hombres llevar al ánimo. Oigamos a Epicteto: «Hay que ser estoico, es decir, un hombre que en la enfermedad se halle dichoso, que en el peligro se halle dichoso, que despreciado y calumniado se halle dichoso, que jamás se queje de los dioses ni de los hombres, que mantengan con aquéllos un secreto comercio y que desee despojarse de su vestidura mortal, para unirse con ellos en espíritu».

ANTONIO ZOZAYA

### "Mundo Gráfico"

Comenzará en el próximo número la publicación de un interesantísimo reportaje titulado

La vida novelesca de un aventurero madrileño que fué fakir en la India, apache en París

y estuvo en el Polo Norte con el almirante Peary  
Por José L. Barberán

### Próximamente

comenzaremos la publicación de la interesantísima novela de Nueva York

ANTICÍPOLIS

del ilustre escritor

Don Luis de Oteyza





Puerta de entrada a la Casa de Campo, el magnífico parque que la República abrió a los madrileños, y que hasta entonces, como patrimonio de la Corona, sólo podía ser visitado con permiso especial de la Intendencia palatina

## LA CASA DE CAMPO

# Estado actual de la finca. - Destrozos causados por el público. - Proyecto de plan general que la Comisión nombrada presenta al Ayuntamiento de Madrid

A la espontánea invitación que el alcalde, don Pedro Rico, hizo al pueblo de Madrid el primero de Mayo de 1931, permitiendo la entrada en la Casa de Campo, éste no supo corresponder como merecía el gesto de nuestra primera autoridad municipal. El público madrileño, que en tantas ocasiones ha demostrado su gran capacidad y sensatez, con lo ocurrido en la Casa de Campo ha rectificado grandemente y no ha sabido conservar las innumerables dotes de cultura que posee. ¿Fue la alegría la causa de tantos destrozos? Aunque así fuera, no había motivo para ello. Se había entregado la finca al pueblo, y éste debió conservarla, para admiración de propios y extraños.

Las fotografías que ilustran esta información y los datos que hemos adquirido confirman plenamente lo ocurrido.

En los años 13 y 14 se incubaron en la Casa de Campo multitud de huevos de faisán con

gallinas, que más tarde se esparcieron por la finca, donde se reprodujeron en número considerable de faisanes.

Los espléndidos bosques de la posesión se hallaban materialmente llenos de caza, especial-

mente de liebres y conejos; pues tanto los faisanes como estos últimos animalitos han sido víctimas, en poco tiempo, de la furiosa acometida del público, que para conseguir su captura le han parecido buenos todos los medios, como

destruir gran cantidad de arbolado y abrir enormes agujeros en el terreno; y así un día y otro ha ido desapareciendo parte de la riqueza de la finca.

Sin embargo, la acertada distribución de guardias cívicos por la Casa de Campo y la labor que realiza para evitar continúan repitiéndose estos desmanes, bien merece el aplauso de todos.

La fundación de la finca se efectuó a mediados del siglo XVI, durante el reinado de Felipe II, que ordenó el año 1556 formar con toda urgencia un bosque junto a la Villa de Madrid, ampliando el arbolado ya existente, y para ello se eligió el terreno más próximo al Real Alcázar. En 1559, parecién-



El jefe de la guardia cívica de servicio en la Casa de Campo, pasando lista a uno de los turnos

(Fot. García)



Nuestro colaborador Tomás Prieto y su esposa examinando los destrozos causados en el terreno para matar conejos



Un guardia cívico mostrando uno de los grandes boquetes abiertos en el muro por los cazadores y leñadores furtivos

dole, sin duda, de menor extensión que la por él deseada, desde Bruselas ordenó se adquiriese, por un precio moderado, la posesión titulada Casa de Campo de los Vargas; operación que se llevó a efecto el 17 de Enero de 1562, a los herederos de don Fadrique de Vargas, sin que conste el precio por el que las Corona hizo esta adquisición.

Durante los reinados siguientes se adquirieron nuevas extensiones de terreno, hasta formar la actual Casa de Campo, que costaron a la Corona, sin incluir la compra a los Vargas, la cantidad de 1.542.346 reales y tres maravedises.

Los 14.027.349,57 metros cuadrados de que consta esta posesión están divididos en parcelas de terreno destinadas a diferentes utilidades.

\*\*\*

El 6 de Mayo del año pasado, fecha de la entrega oficial de terrenos por el Estado al Ayuntamiento de Madrid, existía el siguiente ganado: 17 vacas, dos bueyes y 10 chotas (posteriormente nacieron nueve terneros y cinco terneras); 695 ovejas, 37 moruecos, dos mansos, nueve corderos y 63 corderas; 11 mulas y cinco mulos.

Bastante cantidad de colmenas, emplazadas en varios sitios del monte, y algunas fanegas de distintos granos en las cámaras de la posesión.

El proyecto de plan general que la Comisión nombrada presenta al Ayuntamiento para aprovechamiento y utilización de la Casa de Campo tiene multitud de ventajas, dignas de ser tenidas en cuenta.

En la zona del actual Hipódromo y Tiro de Pichón podrían establecerse campos de fútbol, tenis, frontones, bolearas, etc., de carácter popular, dotándoles, entre otras cosas, con un servicio de duchas. El estanque grande, como está, podría utilizarse para el recreo en pequeñas embarcaciones. La piscina de natación podría transformarse, sin grandes gastos en una de tipo popular, haciendo verter



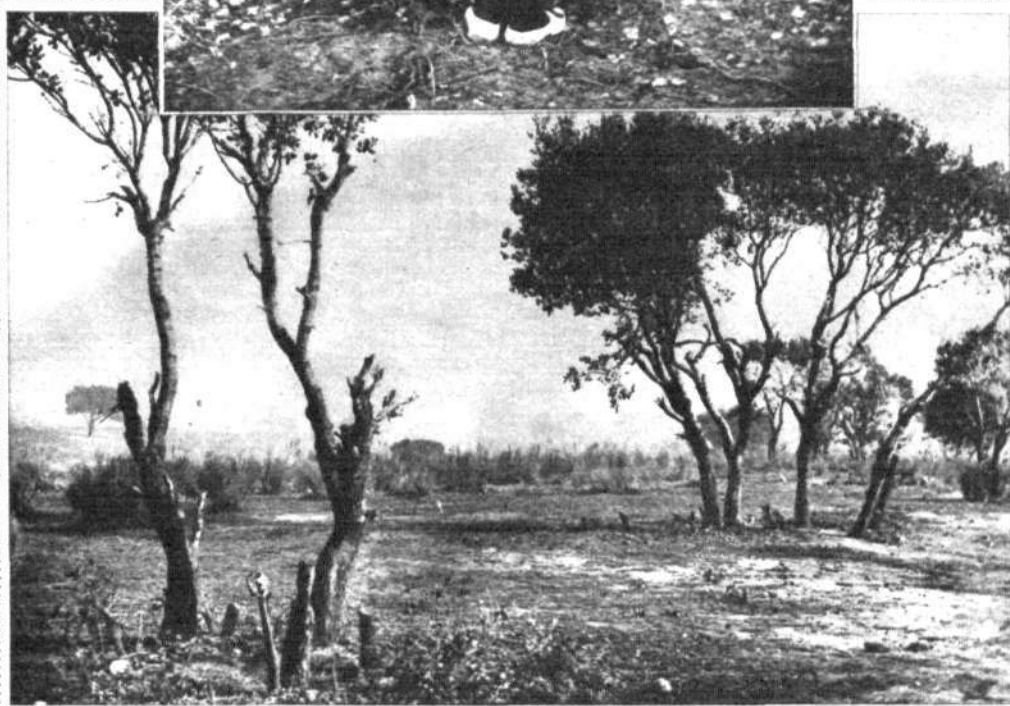
en ella las aguas limpias que alimentan el estanque grande, y al cual irían a parar después de ser allí utilizadas. El parque natural y de aclimatación, en uno que mejorase y embelleciese una extensa zona de la finca, y además tuviese una marcada finalidad cultural, a fin de cultivar en el pueblo de Madrid el amor y el respeto a la Naturaleza. En esta zona se formaría un Parque Zoológico, a base de las especies más notables de nuestra fauna, y un Acuario, en el que se mostrarían animales marinos y de agua dulce. Ferrocarril en miniatura, bar-restaurante y biblioteca, parque de atracciones, teatro de verano, circo al aire libre, coto de expansión escolar, instalación de un gran salón encristalado, donde se alojen, con temperatura apropiada, toda clase de aves y pájaros americanos; cultivo del gusano de seda, y parte de los terrenos, a ensayos agrícolas, para mejoramiento de productos. También se indican algunos trabajos forestales de gran importancia.

Importan los gastos generales, incluidos sueldos y jornales del personal de la Casa de Campo, con aumento de guardería y oficios e instalación de fuentes y obras sanitarias a ejecutar, la cantidad de pesetas 998.085,85.

Importan los ingresos por entrada, venta de árboles, frutas y plantas; arriendo de campos, quioscos de bebidas, restaurante, vaquería, chocolatería, etc., etc., 266.000 pesetas.

La cesión de la Casa de Campo hecha al pueblo de Madrid no podría por menos de exigir un importante desembolso anual al Ayuntamiento, al que hay que añadir el primero y segundo año el importe de las obras para la implantación de las utilidades que figuran en el programa expuesto, lo que representa un gasto inicial no menor a 2.500.000 pesetas.

Por su parte, el Ayuntamiento ha terminado el circuito del paseo de coches y ha efectuado obras de saneamiento en las viviendas de los empleados.—TOMÁS PRIETO



Arriba: Leñadora sorprendida por uno de los guardias cívicos que prestan servicio de vigilancia en la Casa de Campo.—Abajo: Destrozos causados por el público en el arbolado de la Casa de Campo (Fots. García)